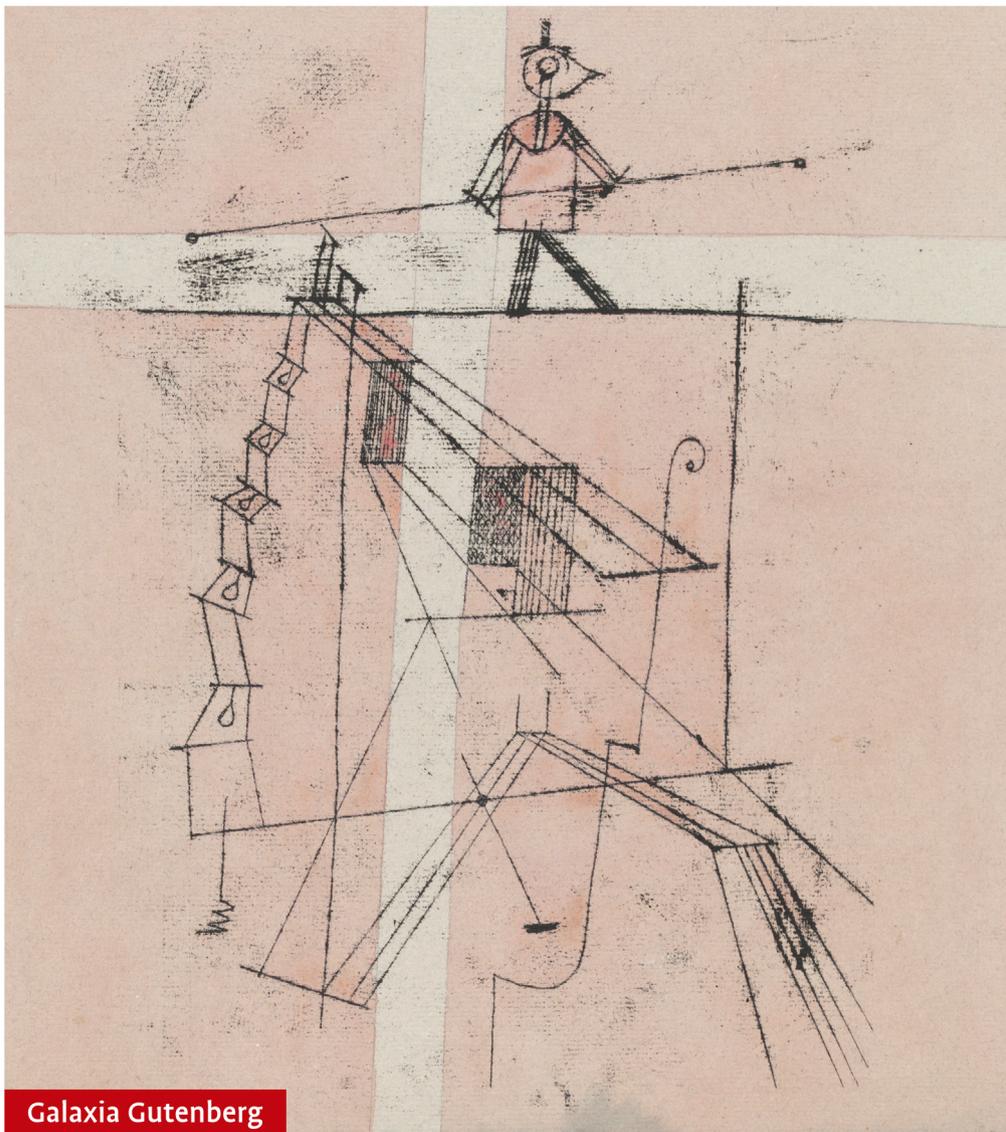


Pablo d'Ors

El estupor y la maravilla



PABLO d'ORS

El estupor y la maravilla

Memorias de un vigilante de museo

Galaxia Gutenberg

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: octubre de 2018
Primera edición en este formato: octubre de 2023

© Pablo d'Ors, 2018
© del postfacio: Alonso Varo Varo, 2018
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2018

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Sant Joan Baptista, 35, La Torre de Claramunt-Barcelona
Depósito legal: B 11941-2023
ISBN: 978-84-19738-28-8

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Para Elmar Salmann, mi maestro.

Nada hay tan sorprendente como lo trivial,
lo de todos los días.
Lo sorprendente
está siempre al alcance de la mano.

EUGÈNE IONESCO

No me canso de repetirte que estoy maravillado,
maravillado, maravillado de todo cuanto veo.
A veces me sobreviene una clarividencia terrible.

VAN GOGH

-¿Qué es lo que vienes buscando?
-La iluminación.
-Tienes el tesoro en tu propia casa.
¿Qué necesidad hay de salir fuera a buscarlo?
-¿Y dónde está exactamente ese tesoro?
-Lo que estás preguntándome, eso es el tesoro.

Cuento zen

Dramatis personae

Alois Vogel
Gabriele Münter, su esposa
Paul Johannes Münter, difunto
El pequeño señor Kriegemann, vigilante de vigilantes
Doctor Konrad Hohner, director invisible
El hombre de nariz aguileña, su secretario
Herta Loeffler, la *guardaropera*
Maria, la dama de las columnas
La francesita
Eva Kollwitz, tabernera
Moritz, patrón de la Franziskaner
Ingeniero Rihs, propietario de un negocio de colorantes
Un copista de barba recortada y manos de mujer
Niño Andrei, hijo de Von Jawlensky
El Salchichas, vendedor ambulante
Herbert Lehman, comerciante y mago

Secundarios: Erich Lehman, cerrajero y cantante; Alphonsine, novia; Padre de Alois; Madre de Alois; El tío Siegfried; El portero; Un guardia jurado; Carola Hackert, recepcionista; Señor Rosegger, bibliotecario; El guía Kranz; Käthe Olbracht; Robert Hahn, enamorado; Gretel Kalbe, enamorada; Ángel fugaz; Ángel falso; Dos turistas; Una maestra que susurra; Un grupo de escolares; Niño perdido; Marianne, amada; Un carterista; Señora a

quien roban; Joven descarado; Tipo que utiliza adjetivos grandilocuentes; Su interlocutor; Una visitante que se parece a Bessie Bruce; Un caballero que se parece a Joseph de Montesquiou-Fezensac; Un visitante que se parece a Karl Kraus, entre otros.

Y los vigilantes del museo: Agathe Epstein, vigilante constipada; Hugo Maxglan, vigilante-soldado; Helmut Henn, cabecilla; Felix Sternheim, jubilado; Arnheim Klap-psch, bailarín; Amadeus Schallmoos, desequilibrado; Matthias Monch, confidente; Wilfred Sinclair, joven; Luiz Klabund, el zapatonos; Schwarzach, gordo; Friedrich Nagel, malvado; Irmgard Kulke, solitario; Diederich Bruckner; Laukesch; Gregor Buchen; Albert Liebknecht; Lorenz Flachgan; Bartholomeus Asch y Franz Rach, vigilante inclinado.

Entrada

I

Dicen que la tarea que desempeño desde hace veinticinco años –ser vigilante en un museo– es completamente inútil; yo no lo creo, no al menos completamente, y ello porque casi todo en este mundo necesita ser vigilado, al menos en ocasiones. No me refiero sólo a los presos en la cárcel, a los enfermos en el hospital o a los locos en los manicomios (gentes, todas ellas, que han de ser vigiladas), sino también a las fieras en el zoológico –que de alguna manera son vigiladas–; a los niños en la escuela –a los que se suele brindar más vigilancia que educación–; y, por supuesto, a los trabajadores de cualquier empresa –a quienes no es infrecuente encontrar holgazaneando cuando no se los vigila–. Pienso también en los adolescentes que frecuentan los parques de atracciones, donde cometen sus fechorías, se los vigile o no. Y en los lectores de las bibliotecas públicas, que tienden a apropiarse de los libros del Estado, sobre todo cuando piensan que nadie los vigila. O, en fin, en los lactantes en sus cunas, a quienes si no se vigila sin descanso pueden dar los disgustos más terribles. El revisor del tren controla a los viajeros de su tren, así como el conductor del autobús a los usuarios de su autobús; las azafatas de vuelo vigilan a sus pasajeros de vuelo; los padres a sus

hijos; el veterinario a sus animales; el enfermero a sus pacientes; el esposo a la esposa y ésta a aquél, y así sucesivamente en un juego de vigilantes y vigilados que parece no tener fin.

En el ser humano hay una tendencia innata –yo diría que es innata– a vigilar, pero no es lo mismo vigilar niños que pasajeros o visitantes de museo, por sólo poner algunos ejemplos. De cuanto necesita vigilancia en este mundo, así como de toda circunstancia que pueda atraer al hombre susceptible de ser vigilada (la infancia, el viaje, la visita cultural...), la que prefiero es la de visitante de museos, una situación con características muy particulares.

En efecto, el visitante de museos es, por lo general, alguien a quien no le interesan los museos, alguien a quien apenas le interesa el arte. De todos es sabido que a los museos no se va a disfrutar, sino a decir que se ha ido. Es más: la visita al museo constituye, por principio, una verdadera experiencia funeraria. No puede ser de otra forma, dado que, en cierto sentido, todo museo es un cementerio de la cultura. Así las cosas, los vigilantes somos como los enterradores, y los guías de museo como los predicadores y charlatanes de las exequias. Por eso, la actitud de los visitantes de cualquier museo no es muy diferente de la de los visitantes de los cementerios. Antes bien, resulta idéntica: van de un lado a otro, compungidos y desorientados, y luego se marchan para no regresar durante años. El desasosiego que producen los museos es similar al que provocan los cementerios cuando los familiares del difunto dejan flores sobre la tumba tras el sepelio. Hay que reconocerlo: a la gente no le apetece ir al museo; ir al museo no es un plan agradable para una mañana de fin de semana. Los que todavía hoy acuden a los museos son gente extraña: raros, inadaptados, solita-

rios, enfermos... Pero a mí siempre me ha interesado la gente así; yo mismo soy un inadaptado y un solitario y un enfermo. Soy indefectiblemente uno de ellos; cualquiera que me conozca, y aun sin conocerme, puede testificarlo.

Si la cultura occidental está a punto de morir, yo quiero estar en el lugar de su fallecimiento: el museo. Porque en el museo es donde la gente aprende a despreciar la cultura —eso es un hecho—, incluso a odiarla o, al menos, a ser indiferente ante ella, al comprender de inmediato que se trata de un sitio exótico e irrelevante.

En realidad, la gente más interesada en arte es, con frecuencia, la que menos visita los museos. Según he observado a lo largo de estos últimos veinticinco años, ocupado en vigilar algunas salas del Museo de los Expresionistas de mi ciudad natal, el visitante habitual no dedica la mayor parte del tiempo de su visita a contemplar las obras de arte, sino a observar al resto de los visitantes. El visitante común suele fijarse a menudo en sus propios zapatos, así como en los ajenos y, por supuesto, en las uñas de sus manos, que apostaría que se observan cuando se visita un museo mucho más que en cualquier otra posible circunstancia. Si un hombre pasa a diario de uno a dos minutos mirando sus uñas —establezcamos este promedio—, ese mismo hombre duplicará y hasta triplicará esa marca el día en que visita un museo, en que llegará a invertir cuatro y hasta cinco minutos para mirarse esas mismas uñas. Pero junto a las uñas y a los zapatos, propios y ajenos, el visitante esporádico también dedica un tiempo no desdeñable a mirar los focos o el techo, o los estores, o las baldosas, o los bancos —en los que tanto le gustaría sentarse, si estuvieran libres—, o, en fin, el regulador de la temperatura, que es, sin duda, junto al extintor de incendios, uno de los objetos más observados.

El tiempo que se dedica a leer lo que está escrito en la cartela del cuadro es superior que el dedicado a la contemplación del cuadro mismo. Por alguna razón, mucho más que la pintura en sí, lo que realmente interesa a la mayoría de los visitantes es saber quién y cuándo la pintó e informarse sobre sus dimensiones exactas, así como otros pormenores del lienzo: materiales utilizados, museo de procedencia, año de adquisición... El visitante común quiere saberlo todo del cuadro que va a mirar, pero luego no quiere mirarlo, ésa es la verdad.

Sí, el mundo está hecho de vigilantes y vigilados y todos somos alguna vez –muchas, por lo general– vigilantes y vigilados. Yo me he pasado la vida vigilando obras de arte para que nadie las robase o dañara, así como vigilando a los visitantes del museo para que no dañasen o robaran esas obras que se me encomendaba vigilar. Sin embargo, también yo mismo he sido vigilado (y no sólo por el pequeño señor Kriegemann, que daba sus paseítos a lo largo y ancho del museo para controlar a sus compañeros y, por tanto, también a mí). Junto al judío Kriegemann –a quien, por la estrecha vigilancia a que me ha sometido durante años, no podré por menos de referirme en estas páginas–, he sido vigilado por mi propia esposa, que abre todas las mañanas mi cartera para comprobar que no me olvido el almuerzo; y que también me vigila cada noche, cuando duermo, para comprobar que todavía no me he muerto.

Durante sus últimos diez años de vida, el difunto esposo de Gabriele, el llamado vigilante Münter, le insistió cada día a su mujer –ahora la mía– que su fallecimiento sería inminente. No era de extrañar, pues, desde su jubilación, el tal Münter había pasado largos meses interno en un hospital. Resultaba milagroso (eso decía él, o eso dice ella que decía él) que aún siguiese viviendo, vigilado como estaba día y noche por una cuadrilla de enfermeras. Ante estos continuos avisos sobre la inminencia de su muerte –fruto del pánico de Paul Münter a que ese instante ocurriera no estando él consciente y, por ende, poco preparado para el trance–, no puede sorprender que Gabriele pensara que Paul pudiese morir verdaderamente en el momento más inoportuno. Por esta razón, mi Gabriele tomó la costumbre de acercarse cada noche hasta su Paul, cuando pensaba que dormía, para comprobar si todavía no había expirado.

Como Gabriele había supuesto, y como su esposo enfermo casi había deseado, Paul Johannes Münter murió mientras dormía en su cama de barrotes metálicos. De pronto, sin darle tiempo a prepararse para el trance (él lo llamaba así: trance), aquel que fuera antes de mí el vigilante de la Sala Klee se revolvió entre las sábanas en una leve convulsión, casi imperceptible, y expiró. Quien a partir de ese instante sería la viuda Münter oyó con toda nitidez lo que sería el último suspiro de Paul. A pesar de su íntimo convencimiento de que ése había sido precisamente el llamado último suspiro, mi Gabriele, entonces aún la suya, aproximó su rostro al de Paul Johannes para verificar su muerte, como había hecho, noche tras noche, durante los últimos diez años. Según me relataría un año después de estar juntos, a Gabriele le sorprendió que ha-

biendo estado vivo su marido todos los anocheceres a lo largo de los diez años en que ella comprobó si vivía o no, estuviera, en cambio, muerto la noche de su fallecimiento, tan temido como anunciado.

La arraigada costumbre de aproximar su rostro al de Paul, para verificar si había expirado o no, no pudo erradicarla Gabriele conmigo, pese a ser yo nueve años menor que ella y no estar delicado de salud. Pero de las torturas voluntarias es de lo que más difícilmente prescindimos, así que Gabriele continuó tratándome, al menos en este punto, como si yo fuera «su Paul» (ella lo llamaba así: «mi Paul», decía) y no «su Alois» (también al referirse a mí utilizaba el pronombre posesivo). Algo que se ha repetido día tras día durante diez años no puede eliminarse sin más, argüí cuando al final hablamos del asunto. Pero aquella conversación no se produjo en el instante en que me percaté de todo esto, sino tras largos meses de convivencia.

Por temor a que esta costumbre suya me enojase, o a que yo quisiera erradicarla por considerarla enfermiza o perjudicial, Gabriele no quiso comunicarme nada al respecto. Así que continuó vigilando clandestinamente mi sueño –o lo intentó– desde que cerró su casa de la Weininger Strasse y se vino a vivir a la mía, que yo no estaba dispuesto a abandonar pese a ser más pequeña e incómoda que la suya. Digo que lo intentó, no que lo consiguiera, porque enseguida constaté que, cuando yo tenía los ojos cerrados –a veces casi nada más cerrarlos–, no era infrecuente que ella se acercara hasta mí y permaneciera silenciosa a mi lado durante algunos segundos. Se cercioraba de que todavía no había pasado al otro mundo. Como es natural, yo no sabía entonces que ése era el objeto de aquella respetuosa proximidad. Deseoso de averiguar a qué obedecía su actitud, comprendí que

no podía abrir los ojos mientras ella me observaba, pues, de hacerlo, habría adivinado que no dormía, y eso era exactamente lo que yo no deseaba.

Llegué a obsesionarme con que mi esposa aproximara su rostro al mío a los pocos minutos de que yo cerrase los ojos para dormir; y hasta llegué a creer, no sin ingenuidad, que hacía aquello para aspirar en secreto mi fragancia –por la que me había confesado sentir particular predilección– o porque quería darme un beso y no se acababa de atrever o, simplemente, porque sentía deseos de examinarme más de cerca, algo no tan infrecuente entre quienes están enamorados.

Al final, mi curiosidad fue más fuerte que la voluntad de mantener el sigilo, y una noche, sin abrir los ojos, justo en el instante en que ella aproximaba su rostro al mío, le hice la pregunta que llevaba meses queriendo formular.

–¿Qué haces?

Ella tardó en responderme.

–Nada –dijo al fin.

Pero yo sabía que «nada» no era la respuesta y que su constante escrutinio no podía obedecer a un simple comportamiento caprichoso o casual. Sin embargo, aquella noche no quise preguntar más.



Durante algún tiempo, temerosa de que pudiera formularle de nuevo aquella pregunta (¿qué haces?), Gabriele dejó de aproximar su rostro al mío cuando yo cerraba los ojos y simulaba dormir. Fue en aquella época, la única de nuestra vida en común en que ella no vigiló mis sueños –o, al menos, no como lo había hecho hasta entonces–, cuando me di cuenta de hasta qué punto me

gustaban las atenciones y, en definitiva, la vigilancia que me brindaba mi mujer. Como siempre, en cuanto me acostaba, cerraba los ojos para embriagarme con el olor de las sábanas (cuyo perfume, cuando están limpias, prefiero a cualquier otro), pero ella, ¡ay! no se aproximaba a mí. Esta distancia suya me dejaba en una soledad desconocida hasta entonces. Porque nadie había vigilado mi sueño desde la infancia, por lo que había olvidado lo que significaba verse privado de esta amorosa y solícita atención. Fue así como eché de menos las noches en que Gabriele aproximaba su rostro al mío (yo podía oír su respiración, sentir su calor acariciando mi piel) y como llegué a comprender que deseaba ardientemente que vigilase mi sueño y que se preguntase, como es propio preguntarse cuando hay amor, si latía mi corazón.

En aquellas largas y desoladas noches de espera, sin el rostro de Gabriele junto al mío, respiré y ronqué ruidosamente para simular que el sueño me había vencido y borrar así toda duda que pudiera albergar. Acariciaba el secreto deseo de que algún día, alguna noche, ella volviera a acercarse hasta mí para vigilarme con su delicadeza habitual. Confiaba en que el amor que sentía por mí fuera mayor que el temor a una nueva censura por mi parte. Los hechos eran incontestables: prudente como nunca hasta entonces, casi desconfiada, Gabriele no me vigilaba tan de cerca, lo que me hizo sentir como un huérfano en aquella oscuridad expectante.

En aquellas tinieblas, sin osar abrir los ojos —no fuera a descubrir mi fingimiento—, imaginaba a Gabriele en camión, yendo de un lado a otro de la alcoba, echando las cortinas, ahuecando la almohada, dejando las zapatillas en la alfombrilla, una junto a la otra, abriendo la cama y humedeciéndose los labios con un sorbito de agua. Imaginaba sus movimientos gracias a los sonidos, casi inau-

dibles, que me llegaban. Y pese a que sin palabras le decía «Ven», ella nunca venía; o tal vez sí, pero sin regalarme el consuelo de su respiración cercana y caliente en mi piel. Claro que yo podría haberle dicho: «No me importa que me vigiles por las noches». O incluso, más abiertamente: «Me gusta que te cerciores de si sigo o no en este mundo». Pero admitir algo así era tanto como verme privado del placer que me proporcionaba el secreto de mi vigilia.

Durante aquellas guardias eternas, con los ojos cerrados, a la espera de la proximidad clandestina de mi esposa, pensé mucho en Paul, el primer marido de Gabriele. Tal vez también él estuviera despierto cuando ella le vigilaba, me decía, y me esforzaba por reprimir la sonrisa que este pensamiento dibujaba en mis labios. Así había tenido que ser: también Paul, como yo, habría oído la trémula respiración de su mujer; también él, como yo, habría sentido la caricia tibia de esa respiración femenina y habría fingido dormirse para cerciorarse, por medio de este pequeño gesto, de que era amado.

Resulta agradable saber que alguien vela por nosotros; es hermoso constatar que algún ser humano mantiene los ojos abiertos cuando nosotros los hemos cerrado; es reconfortante tener la certeza de que no estaremos del todo solos a la hora del último suspiro.

La noche en que Gabriele volvió a aproximar su rostro al mío (todavía no tan cerca como antaño, pero mucho más, ciertamente, que las semanas anteriores) supe que aquella mujer me quería como nadie me había querido antes. Esa noche tan dulce (y las siguientes lo fueron más, pues ella fue aproximándose a mí poco a poco hasta llegar a la cercanía deseada) supe que la vida era justa conmigo al brindarme lo mismo que yo le había dado porque durante veinticinco años, yo había vigilado a los

demás; ahora, al fin, era a mí a quien vigilaban. Con ese celo que da el amor al propio oficio, durante veinticinco años había vigilado los cuadros en un museo; ahora, ya casi un viejo, era yo el vigilado con esa característica abnegación que sólo puede brindarse al ser amado.

Fue aquel preciso momento, con los ojos cerrados, con la respiración de Gabriele todavía caliente en mi piel, cuando decidí escribir estas memorias. Pocos días antes, en uno de los bancos del Schwarzenberg –el jardín romántico de mi ciudad natal, desde donde se distingue con toda nitidez una de las fachadas del museo–, ella me había dicho: «Todo esto que has vivido tienes que contarlo», comentario al que yo había sonreído con indulgencia, como quien tiene una sabiduría demasiado doméstica, acaso incomunicable. Había sonreído vanidoso, pues con aquellas pocas palabras alguien me decía por primera vez que mi vida, aunque modesta, podía aspirar a cierta posteridad. «Todo esto tienes que contarlo», me había dicho Gabriele tras escuchar el relato de mis historias tan cotidianas e insignificantes. Y fue así como empecé a ver grande lo que hasta entonces había considerado pequeño.

Ella me vigilaba por las noches para saber que no me había muerto; yo escribiría durante el día para que el mundo supiera que había vivido. Ahora sé que sólo escribimos para decir que estamos vivos; sé que escribimos para que en algún lugar de la Tierra alguien abra nuestros libros por las noches y sienta nuestra respiración cerca, como una brisa tibia en la piel.